Beside the rivering waters of,

REP

Gretta recuerda

Por Rodrigo Fresán

Dejemos a las muchas buenas partes de *Ulysses* y *Finnegan's Wake* a sus numerosos adoradores y concentrémonos ahora –seguro que hace un calor maleducado mientras leen esto– en el amable frío que discurre por las páginas de "Los muertos", largo relato que cierra el libro *Dublineses* y que, probablemente, sea lo más formalmente perfecto que jamás escribió el irlandés James Joyce.

Basado en y robado a los recuerdos de juventud de su formidable mujer Nora Barnacle (y escrito durante un tumultuoso período en el que Joyce la celaba hasta lo patológico mientras, al mismo tiempo, la empujaba a la infidelidad para ver "qué pasaba") "Los muertos" es, también, un texto de naturaleza contradictoria: según con el ánimo que se lo lea puede parecer una historia tradicional hasta los huesos o revolucionaria hasta la médula, puede funcionar como el cierre perfecto para la ficción del siglo XIX o una ideal inauguración para el modo en que deberá escribirse el siglo XX.

"Los muertos" –publicado en 1914 en *Dublineses*, pero escrito casi diez años antes entre Roma y Trieste mientras Joyce padecía fiebre reumática– empieza con modales ibsenianos contando una feliz noche de fiesta irlandesa para acabar en desgarrada catarsis epifánica y, sí, joyceana.

Luego de la cena, el matrimonio del pro británico y opaco Gabriel Conroy y la elegante y apenas reprimida Gretta Conroy –una de las tantas grandes mujeres imaginadas por Joyce que, como Molly Bloom y Anna Livia Plurabelle y Bertha Rowan no son otra cosa que más o menos fieles reflejos de la Nora Barnacle que siempre le había provisto con "la realidad de su experiencia"– regresan a su hotel.

Allí se produce uno de los momentos más intensos en la historia de la literatura: Gretta recuerda y con sus recuerdos retorna el amoroso fantasma de un joven pretendiente, Michael Furey, muerto en su nombre, perdido para siempre, mientras afuera cae una de las mejores nevadas jamás puestas en papel y tinta y Gabriel Conroy sufre el descubrimiento de su corazón más frío que aquel que ya no late pero sigue escuchándose en la memoria de su esposa.

Es un instante tan terrible como mágico –eso que Joyce "inventó" con el nombre de *epifanía*– al que conviene volver de vez en cuando para comprobar lo poderosa que puede llegar a ser la palabra escrita.

Reflexión sobre la tan inasible como sólida relación entre los que se han ido y los que se irán –prueba de ello es que este relato también podría titularse "Los vivos"– , el vital director de cine e irlandés por opción John Huston la adaptó magistralmente para la pantalla con su hija Anjelica en el rol de Gretta Conroy.

Después dijo "¡Corten!".

Después se murió.

Los muertos

Por James Joyce

Todavía era oscuro. Una palidez cetrina se cernía sobre las casas y el río; y el cielo parecía estar bajando. El suelo se hacía fango bajo los pies y sólo quedaban retazos de nieve sobre los techos, en el muro del malecón y en las barandas de los alrededores. Las lámparas ardían todavía con un fulgor rojo en el aire lóbrego y, al otro lado del río, el palacio de las Cuatro Cortes se erguía amenazador contra el cielo oneroso.

Caminaba ella delante de él con Mr. Bartell D'Arcy, sus zapatos en un cartucho bajo el brazo, sus manos levantando la falda del fango. No tenía ya una pose graciosa, pero los ojos de Gabriel brillaban de felicidad. La sangre golpeaba en sus venas y los pensamientos se amotinaban en su cerebro: orgullosos, regocijados, tiernos, valerosos.

Caminaba ella delante tan leve y tan erguida que él deseó caerle detrás sin ruido, tomarla por los hombros y decirle al oído algo tonto y afectuoso. Le parecía tan frágil que quería defenderla de cualquier cosa para luego quedarse solo con ella. Momentos de su vida secreta juntos fulguraron como estrellas en su memoria. Junto a la taza de té del desayuno, un sobre color heliotropo que él acariciaba con su mano. Los pájaros piaban en la enredadera y la luminosa telaraña del cortinaje cabrilleaba sobre el piso; era tan feliz que no podía probar bocado. Estaban en la concurrida plataforma y él deslizaba un billete en la cálida palma recóndita de su mano enguantada. Estaba de pie con ella a la intemperie, mirando por entre los barrotes de una ventana a un hombre haciendo botellas ante un horno rugiente. Hacía mucho frío. Su cara, reluciente por el viento helado, estaba muy cerca de la suya; y de pronto ella le llamó la atención al hombre del horno:

–Señor, ¿ese fuego está caliente?

Pero el hombre no la pudo oír con el ruido que hacía la fornalla. Más valía así. Con toda seguridad le habría respondido groseramente.

Una ola de una alegría más tierna escapó de su corazón para correrle en cálido torrente por las arterias. Como el tierno calor de las estrellas, rompieron a iluminar su memoria momentos de su vida juntos que nadie conocía, que nadie sabría nunca. Anhelaba hacerle recordar a ella todos esos momentos para hacerle olvidar su aburrida existencia juntos y que rememorara solamente los momentos de éxtasis. Ya que los años, sentía él, no habían colmado la sed de su alma o la de ella. Los hijos, sus escritos, su labor de ama de casa, no habrían apagado el tierno fuego de sus almas. En una carta que le escribió por aquel tiempo, él le decía: "¿Por qué palabras como éstas me parecen tan sosas y frías? ¿Es porque no hay una palabra tan tierna que sea capaz de ser tu nombre?".

Como una melodía lejana, estas palabras que había escrito años atrás le llegaron desde el pasado. Deseaba estar a solas con ella. Cuando todos se hubieran ido, cuando estuvieran solos él y ella en la habitación del hotel, entonces estarían juntos y a solas. La llamaría quedamente:

–¡Gretta!

Tal vez no lo oyera ella en seguida: se estaría desnudando. Luego algo en su voz llamaría su atención. Se volvería ella a mirarlo...

En la esquina de Winetavern Street encontraron un coche. Se alegró de que hiciera tanto ruido, pues ahorraba la conversación. Ella miraba por la ventana y parecía cansada. Los otros hablaban apenas, señalando a un edificio o a una calle. El caballo trotaba desganado bajo el cielo sombrío, tirando de la caja crujiente tras sus cascos, y Gabriel estaba de nuevo en un coche con ella, galopando a alcanzar el barco, galopando hacia su luna de miel.

Cuando el coche atravesaba el puente de O'Connell, Miss Callaghan dijo:

–Dicen que nadie cruza el puente de O'Donnell sin ver un caballo blanco.

–Yo veo un hombre blanco esta vez –dijo Gabriel.

–¿Dónde? –preguntó Mr. Bartell D'Arcy.

Gabriel señaló a la estatua, en la que había parches de nieve. Luego la saludó familiarmente y levantó la mano. –Buenas noches, Daniel –dijo alegre.

Cuando el coche arrimó ante el hotel, Gabriel saltó afuera y, a pesar de las protestas de Mr. Bartell D'Arcy, pagó al cochero. Le dio al hombre un chelín por el viaje. El hombre lo saludó y dijo:

–Próspero Año Nuevo, señor.

–Igualmente –dijo Gabriel, cordial.

Ella se apoyó un instante en su brazo al salir del coche, y luego, de pie en la acera, dándoles las buenas noches a los demás. Se sujetaba leve a su brazo, tan levemente como cuando bailó con él antes. Se sintió orgulloso y feliz entonces: feliz de estar con ella, orgulloso de su gracia y su porte señorial. Pero ahora, después de reavivar tantos recuerdos, el primer contacto con su cuerpo, armonioso y extraño y perfumado, produjo en él un agudo latido de lujuria. Aprovechándose de su silencio, le apretó el brazo a su costado; y al detenerse a la puerta del hotel sintió que se habían escapado a sus vidas y a sus deberes, escapado de la familia y de los amigos, y se habían fugado juntos, sus corazones vibrantes y salvajes, en busca de una aventura nueva.

Como el tierno calor de las estrellas, rompieron a iluminar su memoria momentos de su vida juntos que nadie conocía, que nadie sabría nunca.

Un viejo dormitaba en uno de los grandes sillones de orejas en el vestíbulo. Encendió él una vela en la oficina y los precedió escaleras arriba. Lo siguieron en silencio, sus pies pisando sordamente los mullidos escalones alfombrados. Ella subía detrás del portero, su cabeza doblegada por el ascenso, sus frágiles hombros encorvados como por una pesada carga, su falda entallándola ceñida. Echaría los brazos alrededor de sus caderas para obligarla a detenerse, pues le temblaban de deseo de poseerla, y solamente la presión de sus uñas contra la palma de su mano mantenía bajo control el impulso de su cuerpo. El portero se paró en las escaleras a enderezar la vela que chorreaba. Se detuvieron detrás de él. En el silencio, Gabriel podía oír la esperma derretida caer goteando en la palmatoria, tanto como el latido del corazón golpeando sus costillas.

El portero los condujo a lo largo de un pasillo y abrió una puerta. Luego puso su inestable vela en una mesita de noche y preguntó que a qué hora querían los señores despertarse.

–A las ocho –dijo Gabriel.

El portero señaló para el botón de la luz y empezó a murmurar una disculpa, pero Gabriel lo detuvo.

–No queremos luz. Hay bastante con la de la calle. Y yo diría –dijo, señalando la vela– que puede usted, amigo mío, librarnos de tan orondo instrumento.

El portero cargó con la vela otra vez, pero sin prisa, ya que se había sorprendido de idea tan novedosa. Luego murmuró las buenas noches y salió. Gabriel pasó el pestillo.

La fantasmal luz del alumbrado público iluminaba el tramo de la ventana a la puerta. Gabriel arrojó abrigo y sombrero sobre un sofá y cruzó el cuarto en dirección a la ventana. Miró abajo hacia la calle para calmar su emoción un tanto. Luego se volvió a apoyarse en un armario, de espaldas a la luz. Ella se había quitado el sombrero y la capa y se paró delante de un gran espejo movible a zafarse el vestido. Gabriel se detuvo a mirarla un momento y después dijo:

–¡Gretta!

Se volvió ella lentamente del espejo y atravesó el cuadro de luz para acercarse. Su cara lucía tan seria y fatigada que las palabras no acertaban a salir de los labios de Gabriel. No, no era el momento todavía.

–Se te ve cansada –dijo él.

–Lo estoy un poco –respondió ella.

–¿No te sientes enferma ni débil?

–No, cansada; eso es todo.

Se fue a la ventana y se quedó allá, mirando para fuera. Gabriel esperó de nuevo y luego, temiendo que lo ganara la indecisión, dijo, abrupto:

–¡Por cierto, Gretta!

–¿Qué es? –¿Tú conoces a ese pobre tipo Malins? –dijo rápido.

–Sí. ¿Qué le pasa?

–Nada, que el pobre es de lo más decente, después de todo –siguió Gabriel con voz falsa–. Me devolvió el soberano que le presté, y no me lo esperaba en absoluto. Es una pena que no se aleje de ese tipo Browne, pues no es mala persona.

Temblaba, molesto. ¿Por qué parecía ella tan distraída? No sabía por dónde empezar. ¿Estaría molesta ella también por algo? ¡Si solamente se volviera o viniera hacia él por sí misma! Tomarla así como estaba sería bestial. No, tenía que notar un poco de pasión en sus ojos. Deseaba dominar su extraño estado de ánimo.

–¿Cuándo le prestaste la libra? –preguntó ella después de una pausa.

Gabriel luchó por contenerse y no arrancar a maldecir brutalmente al estúpido de Malins y su libra. Anhelaba gritarle desde el fondo de su alma, estrujar su cuerpo contra el suyo, dominarla. Pero dijo:

–Oh, por Navidad, cuando abrió su tiendecita de tarjetas de felicitaciones en Henry Street.

Sufría tal fiebre de rabia y de deseo que no la oyó acercarse desde la ventana. Ella se detuvo frente a él un instante, mirándolo de modo extraño. Luego, poniéndose de pronto en puntillas y posando sus manos, leve, en sus hombros, lo besó.

–Eres tan generoso, Gabriel –dijo.

Gabriel, temblando de deleite ante su beso súbito y la rareza de su frase, le puso una mano sobre el pelo y empezó a alisárselo hacia atrás, tocándolo apenas con los dedos. El lavado se lo había puesto fino y brillante. Su corazón desbordaba de felicidad. Justo cuando lo deseaba había venido ella por su propia voluntad. Quizá sus pensamientos corrían acordes con los suyos. Quizás ella sintiera el impetuoso deseo que él guardaba dentro y su estado de ánimo imperioso la había subyugado. Ahora que ella se le había entregado tan fácilmente, se preguntó él por qué había sido tan pusilánime.

Se puso en pie, sosteniendo su cabeza entre las manos. Luego, deslizando un brazo rápidamente alrededor de su cuerpo y atrayéndola hacia él, dijo en voz baja:

–Gretta querida, ¿en qué piensas?

No respondió ella ni cedió a su abrazo por entero. De nuevo habló él, quedo:

–Dime qué es, Gretta. Creo que sé lo que te pasa. ¿Lo sé?

No respondió ella en seguida. Luego dijo en un ataque de llanto:





–Oh, pienso en esa canción, *La joven de Aughrim*.

Se soltó de su abrazo y corrió hasta la cama, y tirando los brazos por sobre la baranda, escondió la cara. Gabriel se quedó paralizado de asombro un momento y luego la siguió. Cuando cruzó frente al espejo giratorio se vio de lleno: el ancho pecho de la camisa, relleno; la cara, cuya expresión siempre lo intrigaba cuando la veía en un espejo, y sus relucientes espejuelos de aros de oro. Se detuvo a pocos pasos de ella y le dijo:

–¿Qué ocurre con esa canción? ¿Por qué te hace llorar?

Ella levantó la cabeza de entre los brazos y se secó los ojos con el dorso de la mano, como un niño. Una nota más bondadosa de lo que hubiera querido se introdujo en su voz:

–¿Por qué, Gretta? –preguntó.

–Pienso en una persona que cantaba esa canción hace tiempo.

–¿Y quién es esa persona? –preguntó Gabriel, sonriendo.

–Una persona que yo conocí en Galway cuando vivía con mi abuela –dijo ella.

La sonrisa se esfumó de la cara de Gabriel. Una rabia sorda le crecía de nuevo en el fondo del cerebro y el apagado fuego del deseo empezó a quemarle con furia en las venas.

–¿Alguien de quien estuviste enamorada? –preguntó irónicamente. –Un muchacho que yo conocí –respondió ella– que se llamaba Michael Furey. Cantaba esa canción, *La joven de Aughrim*. Era tan delicado.

Gabriel se quedó callado. No quería que ella supiera que estaba interesado en su muchacho delicado.

–Tal como si lo estuviera viendo –dijo un momento después–. ¡Qué ojos tenía: grandes, negros! ¡Y qué expresión en ellos..., qué expresión!

–Ah, ¿entonces estabas enamorada de él? –dijo Gabriel.

–Salía con él a pasear –dijo ella– cuando vivía en Galway.

Un pensamiento pasó por el cerebro de Gabriel.

–¿Tal vez fuera por eso que querías ir a Galway con esa muchacha Ivors? –dijo fríamente.

Ella le miró y le preguntó, sorprendida:

–¿Para qué?

Sus ojos hicieron que Gabriel sintiera desazón. Encogiendo los hombros, dijo:

–¿Cómo voy a saberlo yo? Para verlo, ¿no?

Retiró la mirada para recorrer con los ojos el rayo de luz hasta la ventana.

–El está muerto –dijo ella al rato–. Murió cuando apenas tenía diecisiete años. ¿No es terrible morir así tan joven?

–¿Qué era él? –preguntó Gabriel, irónico todavía.

–Trabajaba en el gas –dijo ella.

Gabriel se sintió humillado por el fracaso de su ironía y ante la evocación de esta figura de entre los muertos: un muchacho que trabajaba con el gas. Mientras él había estado lleno de recuerdos de su vida secreta en común, lleno de ternura y deseo, ella lo comparaba mentalmente con el otro. Lo asaltó una vergonzante conciencia de sí mismo. Se vio como una figura ridícula, actuando como recadero de sus tías, un nervioso y bienintencionado sentimental, alardeando de orador con los humildes, idealizando hasta su visible lujuria: el lamentable tipo fatuo que había visto momentáneamente en el espejo. Instintivamente dio la espalda a la luz, no fuera que ella pudiera ver la vergüenza que le quemaba el rostro.

Trató de mantener su tono frío, de interrogatorio, pero cuando habló su voz era indiferente y humilde.

–Supongo que estarías enamorada de este Michael Furey, Gretta –dijo.

–Me sentí muy bien con él entonces –dijo ella.

Mientras él había estado lleno de recuerdos de su vida secreta en común, lleno de ternura y deseo, ella lo comparaba mentalmente con el otro.

Su voz sonaba velada y triste. Gabriel, sintiendo ahora lo vano que sería tratar de llevarla más lejos de lo que se propuso, acarició una de sus manos y dijo, él también triste:

–¿Y de qué murió tan joven, Gretta? Tuberculoso, supongo.

–Creo que murió por mí –respondió ella.

Un terror vago se apoderó de Gabriel ante su respuesta, como si, en el momento en que confiaba triunfar, algún ser impalpable y vengativo se abalanzara sobre él, reuniendo las fuerzas de su mundo tenue para echársele encima. Pero se sacudió libre con un esfuerzo de su raciocinio y continuó acariciándole a ella la mano. No la interrogó más porque sentía que se lo contaría ella todo por sí misma. Su mano estaba húmeda y cálida, no respondía a su caricia, pero él continuaba acariciándola tal como había acariciado su primera carta aquella mañana de primavera.

–Era en invierno –dijo ella–, como al comienzo del invierno, en que yo iba a dejar a mi abuela para venir acá al convento. Y él estaba enfermo siempre en su hospedaje de Galway y no lo dejaban salir, y ya le habían escrito a su gente en Oughterard. Estaba decaído, decían, o cosa así. Nunca supe a derechas.

Hizo una pausa para suspirar.

–El pobre –dijo–. Me tenía mucho cariño y era tan gentil. Salíamos a caminar, tú sabes, Gabriel, como hacen en el campo. Hubiera estudiado canto de no haber sido por su salud. Tenía muy buena voz el pobre Michael Furey.

–Bien, ¿y entonces? –preguntó Gabriel. –Y entonces, cuando vino la hora de dejar yo Galway y venir acá para el convento, él estaba mucho peor y no me dejaban ni ir a verlo, por lo que le escribí una carta diciéndole que me iba a Dublín y regresaba en el verano y que esperaba que estuviera mejor para entonces.

Hizo una pausa para controlar su voz y luego siguió:

–Entonces, la noche antes de irme, yo estaba en la casa de mi abuela en la Isla de las Monjas, haciendo las maletas, cuando oí que tiraban guijarros a la ventana. El cristal estaba tan anegado que no podía ver, por lo que corrí abajo así como estaba y salí al patio, y allí estaba el pobre al final del jardín, tiritando.

–¿Y no le dijiste que se fuera para su casa? –preguntó Gabriel.

–Le rogué que regresara en seguida y le dije que se iba a morir con tanta lluvia. Pero él me dijo que no quería seguir viviendo. ¡Puedo ver sus ojos ahí mismo, "ahí mismo"! Estaba parado al final del jardín, donde había un árbol.

–¿Y se fue? –preguntó Gabriel.

–Sí, se fue. Y cuando yo no llevaba más que una semana en el convento se murió, y lo enterraron en Oughterard, de donde era su familia. ¡Ay, el día que supe que se había muerto!

Se detuvo, ahogada en llanto, y, sobrecogida por la emoción, se tiró en la cama bocabajo, a sollozar sobre la colcha. Gabriel sostuvo su mano durante un rato sin saber qué hacer, y luego, temeroso de entrometerse en su pena, la dejó caer gentilmente y se fue, quedo, a la ventana.

Ella dormía profundamente.

Gabriel, apoyado en un codo, miró por un rato y sin resentimiento su pelo revuelto y su boca entreabierta, oyendo su respiración profunda. De manera que ella tuvo un amor así en la vida: un hombre había muerto por su causa. Apenas le dolía ahora pensar en la pobre parte que él, su marido, había jugado en su vida. La miró mientras dormía como si ella y él nunca hubieran sido marido y mujer. Sus ojos curiosos se posaron un gran rato en su cara y su pelo, y, mientras pensaba cómo habría sido ella entonces, por el tiempo de su primera belleza lozana, una extraña y amistosa lástima por ella penetró en su alma. No quería decirse a sí mismo que ya no era bella, pero sabía que su cara no era la cara por la que Michael Furey desafió la muerte.

Quizás ella no le hizo a él todo el cuento. Sus ojos se movieron a la silla sobre la que ella había tirado algunas de sus ropas. Un cordón del corpiño colgaba hasta el piso. Una bota se mantenía en pie, su caña fláccida caída; su compañera yacía recostada a su lado. Se extrañó ante sus emociones en tropel de una hora atrás. ¿De dónde provenían? De la cena de su tía, de su misma arenga idiota, del vino y del baile, de aquella alegría fabricada al dar las buenas noches en el pasillo, del placer de caminar junto al río bajo la nieve. ¡Pobre tía Julia! Ella también sería muy pronto una sombra junto a la sombra de Patrick Morkan y su caballo. Había atrapado al vuelo aquel aspecto abotargado de su rostro mientras cantaba *Ataviada para el casorio*. Pronto, quizá, se sentaría en aquella misma sala, vestido de luto, el negro sombrero de seda sobre las rodillas, las cortinas bajas y la tía Kate sentada a su lado, llorando y sonándose la nariz mientras le contaba de qué manera había muerto Julia. Buscaría él en su cabeza algunas palabras de consuelo, pero no encontraría más que las usuales, inútiles y torpes. Sí, sí, ocurrirá muy pronto.

El aire del cuarto le helaba la espalda. Se estiró con cuidado bajo las sábanas y se echó al lado de su esposa. Uno a uno se iban convirtiendo ambos en sombras. Mejor pasar audaz al otro mundo en el apogeo de una pasión que marchitarse consumido funestamente por la vida. Pensé cómo la mujer que descansaba a su lado había evocado en su corazón, durante años, la imagen de los ojos de su amante el día que él le dijo que no quería seguir viviendo. Lágrimas generosas colmaron los ojos de Gabriel. Nunca había sentido aquello por ninguna mujer, pero supo que ese sentimiento tenía que ser amor. A sus ojos las lágrimas crecieron en la oscuridad parcial del cuarto y se imaginó que veía una figura de hombre, joven, de pie bajo un árbol anegado. Había otras formas próximas. Su alma se había acercado a esa región donde moran las huestes de los muertos. Estaba consciente, pero no podía aprehender sus aviesas y tenues presencias. Su propia identidad se esfumaba a un mundo impalpable y gris: el sólido mundo en que estos muertos se criaron y vivieron se disolvía consumiéndose.

Leves toques en el vidrio lo hicieron volverse hacia la ventana. De nuevo nevaba. Soñoliento, vio cómo los copos, de plata y de sombras, caían oblicuos hacia las luces. Había llegado la hora de variar su rumbo al Poniente. Sí, los diarios estaban en lo cierto: nevaba en toda Irlanda. Caía nieve en cada zona de la oscura planicie central y en las colinas calvas, caía suave sobre el mégano de Allen y, más al Oeste, suave caía sobre las sombrías, sediciosas aguas de Shannon. Caía así en todo el desolado cementerio de la loma donde yacía Michael Furey, muerto. Reposaba, espesa, el azar, sobre una cruz corva y sobre una losa, sobre las lanzas de la cancela y sobre las espinas yermas. Su alma caía lenta en la duermevela al oír caer la nieve leve sobre el universo y caer leve la nieve, como el descenso de su último ocaso, sobre todos los vivos y sobre los muertos.

De *Dublineses* (Alianza Editorial) Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

y antes, ¿cómo hacían?

Hoy utilizamos los artefactos del baño y sus accesorios sin detenernos a pensar cómo se las ingeniaban en tiempos pasados. Descubra en qué año aparecieron estos adelantos, quién fue el inventor y la nacionalidad de éste.

1. Gayetty y Hunt eran norteamericanos. De ambos, diremos que el que anunció su invento en 1857 era de EE.UU. y el que ideó el alfiler de gancho era de USA.
2. También eran connacionales los autores del fósforo de fricción y el inodoro. De ambos, diremos que Harington era inglés y el que lo hizo en 1827 era de Gran Bretaña.
3. Las creaciones de Hunt, Walker y el papel higiénico datan del siglo XIX.
4. La colonia fue un acierto de Farina, posterior al inodoro.

S.O.S.

	Año: 1596	1710	1825	1827	1857	Inventor: Farina	Gayetty	Harington	Hunt	Walker	País: EE.UU.	Gran Bretaña	Inglaterra	Italia	USA
Invento Alfiler de gancho															
Colonia															
Fósforo fricción															
Inodoro															
Papel higiénico															
País EE.UU.															
Gran Bretaña															
Inglaterra															
Italia															
USA															
Inventor Farina															
Gayetty															
Harington															
Hunt															
Walker															

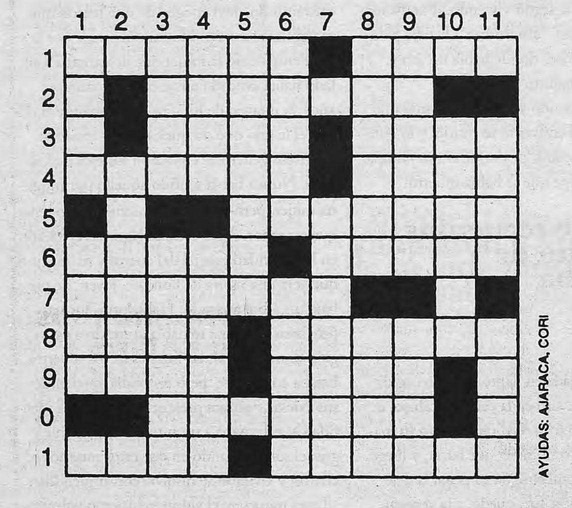
Invento	Año	Inventor	País
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

Definiciones: BARRAS QUE UNEN DOS RUEDAS · OBRA POÉTICA QUE RIDICULIZA · HABLEN EN PÚBLICO · UTENSILIO CULINARIO PARA FREÍR · (GEORGE) ACTOR ESTADOUNIDENSE · METAL BLANCO AZULADO · LOS QUE ESTÁN AHÍ · GÉNERO MUSICAL · DIVERSIÓN, BULLA · SEPARE, APARTE · REGIÓN DE LA GRECIA ANTIGUA · POÉTICAMENTE, FIRMAMENTO · AJADO, MARCHITO · OBTENIDO POR PROCEDIMIENTOS INDUSTRIALES · SONIDO PROPIO DE LOS BORRACHOS · NOMBRE DE MUJER · QUE PROFESA EL CULTO DE SÍ MISMO · MODEREN · (GEORG FRIEDRICH) COMPOSITOR ALEMÁN · QUE TIENEN LAS UÑAS DEMASIADO LARGAS · CLAVIJA DE MADERA · PIEDRA PRECIOSA · TRES Y UNO · REMOLCAR UNA NAVE · PREFIJO: MILMILLONÉSIMA PARTE · FALTO DE INSTRUCCIÓN · ENFERMEDAD CUTÁNEA JUVENIL · PEZ DE CARNE MUY APRECIADA · ALABAR · MUJER QUE HACE ESCULTURAS · BATINTÍN CHINO · RASPAN · DE HUESO · RÍO DE ITALIA QUE CRUZA FLORENCIA

crucigrama



AYUDAS: AJARACA, CORI

HORIZONTALES

1. El que cabalga./ Porción de una línea curva.
2. Adorno de florones y líneas entrelazados, común en la arquitectura árabe.
3. Tronco de la vid./ Utilizad.
4. Percibimos olores./ Entrégueme.
5. Niñitas.
6. Recurra a un tribunal superior./ Refriegue con arena.
7. (Peter) Famoso actor inglés.
8. El que conduce y enseña el camino./ Disminuir, aminorar.
9. Pronombre demostrativo (pl.)./ La parte consciente del individuo (pl.).
10. Reflexionará.
11. Levanten, eleven./ Estériles.

VERTICALES

1. Zumo de frutas o vegetales./ Prosperidad grande.
2. (Palabra latina) Error, desliz, equivocación.
3. Vine a la vida./ De Etiopía.
4. Interjección empleada para llamar la atención./ Atasen, envolviesen.
5. Cierren con tapón un orificio.
6. (... una vez) Expresión equivalente a "había una vez"./ Puerto de Ucrania.
7. Viajar por mar.
8. Ir, dirigirse./ Calzoncillo.
9. Raso sencillo./ Abrasad.
10. Que quiere.
11. Entréguese./ Corriente de agua (pl.).

soluciones

y antes, ¿cómo hacían?

Alfiler de gancho, 1825, Hunt, USA.
Colonia, 1710, Farina, Italia.
Fósforo de fricción, 1827, Walker, Gran Bretaña.
Inodoro, 1596, Harington, Inglaterra.
Papel higiénico, 1857, Gayetty, EE.UU.

cruci-clip

crucigrama